



## LA CRUZADA DE LOS NIÑOS.

*Dios lo quiere así!...*

(Conclusion.)

### VII.

UN año había corrido desde que los niños entregados al enemigo por el traidor Archibaldo gemían en la cautividad, y ya muchísimos habían sucumbido, llamando á sus madres, que no podían socorrerles. Las privaciones se juntaban á los malos tratamientos, y mas de un esclavo cediendo á las amenazas, ó dejándose seducir por promesas brillantes, había renunciado á la



fé de sus abuelos; pero el número de los renegados era muy corto, y las violencias de los ejipcios se aumentaban al ver que no podían doblegar aquellos tiernos corazones.

En las gradas de piedra que conducían al principal bazar de Damieta, estaba sentado un anciano, que en su corona, en su túnica de paño burdo y en su rostro, que llevaba el sello de la piedad y de una dulce melancolía, dejaba conocer era un monje cristiano. Mientras sus miradas seguían maquinalmente las oleadas de la muchedumbre que pasaba por delante, su boca murmuraba en voz baja fervientes oraciones, y cuando algún árabe insolente daba al pobre viejo con el pie, mandándole se apartase, ó algún rico ejipcio le arrojaba con desden una limosna, en vez de mostrarse humillado, recibía con placer semejantes insultos, porque sus venerables facciones reflejaban una fé exaltada.

Dos europeos, vestidos con hábitos negros, y que al parecer pertenecían al estado eclesiástico, se pararon delante del monje, mirándole con atención. El uno de los desconocidos representaba sesenta años, y el otro, jóven donado de tímidos ademanes, tendría cuando mas catorce años: tres lacayos bien armados y que llevaban unos cofres iban detrás, y un escudero conducía de la brida una mula, portadora de muy pesada carga.

Adivinando sin duda el mendigo la intención de los extranjeros, levantóse, y les dijo afectuosamente en lengua franca:

— «Segun las trazas acabais de llegar á esta poblacion y buscáis una hospedería; yo puedo daros algunas nociones de este pais, y aun guiar vuestros pasos.»

Los extranjeros se miraron con admiración, y luego dijo el mas anciano:

— «No teniendo guía que nos instruyese del nombre y la morada de los principales habitantes de Damieta, empezábamos á sobresaltarnos; pero la providencia ha hecho sin duda que nos encontremos. Hace mucho tiempo que vivís en este pais?»

— Mas de un año, y ojalá que hubiese sufrido en él desde que nací, y que los pobres niños que penan en estas regiones jamás hubieran venido á ellas!

— Cómo? exclamó el mas jóven de los extranjeros; vos sabeis el resultado de la cruzada de los niños?

— Sí, hermano, lo sé.

— Decidnos pues....

— Por aquí pasa mucha gente, y si os detubierais mas tiempo, esto llamaría la atención. Seguidme.»

Y condujo los forasteros á una callejuela estrecha formada por las paredes de grandes jardines: cargados naranjos de azahar, y cuya copa se veía, esparcían en los aires suaves perfumes; la yedra cubría las paredes, y mantenía en aquel sitio un frescor delicioso, tanto mas apreciable cuanto que los camellos, los caballos y los



El rey dirigió una mirada al doncel, y le contestó:

— Gracias, noble jóven: si no me engaña la memoria te he visto en otra parte.

— Señor, de vos recibí las espuelas de caballero.

— Y hoy las has ganado. Cómo te llamas?

— Soy castellano, y mi nombre es Enguerrando de Muriel.

— Sí, ya me acuerdo, tú eras uno de los jefes de la cruzada de los niños.

— Desde entonces he crecido, puesto que acabo de hallarme en la batalla mas famosa de este siglo.

— Ven pues conmigo, y persigamos á los soldados teutónicos.»

Después de la gloriosa jornada de Bovina, cuya noticia fue acogida con grande alegría por la nacion francesa, el rey armó públicamente caballero á Enguerrando, invitándole á que se dirigiese á su corte á tomar posesion de uno de los principales destinos de palacio; pero Enguerrando lo rehusó, porque deseaba respirar el aire de su patria, tornar al castillo de sus ascendientes, y abrazar á su virtuosa madre.

A medida que se acercaba á España en compañía de su padre y de sus hermanos, con los cuales se incorporó en los Pirineos, sentia una impaciencia devoradora, hasta que al fin brilló el día de la reunion con Ermingilda, á quien enviaron un mensaje, porque una dicha tan inesperada hubiera podido serle funesta.

Enguerrando tocó con fuerza su cuerno de marfil, y apenas lo oyó Ermingilda se lanzó fuera del castillo en una yegua blanca, acompañada de su hija Berenguela, sus damas y algunos pajes. ¿Quién podria describir aquella entrevista? Apenas podia dar crédito á sus ojos la noble castellana. Después de haber llorado tanto á su esposo y sus hijos, los volvia á hallar, todos se encontraban en su presencia! La muerte no habia herido á ninguno!... Cuando la venturosa familia dió libre curso á su alegría y su delirio, las campanas echadas á vuelo les recordaron tenian que dar gracias al Todopoderoso, que protege á sus fieles servidores. Todos se dirigieron á la capilla, donde Ludgero celebró los oficios divinos, ofreciendo á Dios en nombre de los Muriel el homenaje de su profundo reconocimiento.



## UN EPISODIO DE LA VIDA DE SALVATOR ROSA.

## LA BOLSA Ó LA VIDA!

**E**L sol caminaba hacia el ocaso; sus rayos doraban la cima de las montañas, y ya las llanuras estaban cubiertas de sombras, cuando en una plataforma bastante extensa situada en medio de uno de los mas altos montes, apareció un mancebo como de diez y seis años, mirando á todas partes con entusiasmo para admirar las soberbias vistas que se desplegaban á su frente, y el magnífico espectáculo del sol poniente, hundiendo sus fuegos en el mar.

Vestido el mancebo con sencillez y á la moda de los estudiantes italianos de 1420, dejaba ver las formas de su delicado cuerpo; era de corta estatura, y ni el mas ligero vello sombreaba todavía su labio superior; pero sus grandes y negros ojos despedían un brillo particular, y su cabellera que caía sobre sus hombros en ondulantes rizos, le daba cierta apariencia de magestad y vigor. Tenía en la una mano una cartera atestada de hojas de papel blanco, y en la otra un lápiz metido en una caña delgada; y después de permanecer en inacción completa por espacio de media hora abrió la cartera, sacó de ella una gran hoja de papel, y sentándose en un peñasco cubierto de musgo, se puso á pintar con ardor el interesantísimo paisaje que se extendía delante de él.

Apenas había comenzado á trazar sus líneas, cuando sintió que le tocaban en el hombro; volvió con prontitud la cabeza, y lo primero que se echó á la cara fué la boca de una espingarda, con que le apuntaba al pecho un hombre de malísima facha, de feroz aspecto, y que desde luego debía conocer su vida y profesión en el traje que llevaba puesto, y la catadura de su persona.

—«La bolsa ó la vida!» dijo con voz ruda el habitante del Abruzzo, (porque en aquel sitio tan pintoresco pasaba esta escena.)

El mancebo miró al ladrón con profunda indiferencia, y prosiguió su tarea sin decir una palabra.

—«La bolsa ó la vida!» gritó de nuevo el hombre de la espingarda; eres sordo, hijo de la cabra, ó no comprendes la lengua de la Romanía?»

El pintor soltó el lápiz; puso la cartera á su lado, y dijo en tono burlón:



borricos que transitaban por las calles de Damietta levantaban á cada paso nubes de polvo inflamado.

Sentados los viajeros en una columna derribada, les preguntó el monje si algun voto de peregrinacion les llevaba á Egipto, ó si iban á rescatar algunos parientes cautivos, á lo que respondió el mas jóven:

— «Yo soy español, y me llamo Leodegario de Muriel: mis hermanos estan aquí, y hemos venido á rescatarlos.

— Y yo, dijo el otro, me llamo Ludgero, y soy el capellan de la infortunada condesa Ermingilda de Muriel, que me ha confiado su último hijo, entregándome sus joyas y cuanto dinero han producido sus prados, bosques y caseríos.»

Una agitacion extraordinaria contraia las facciones del anciano, y al fin no pudiendo dominar su emocion cayó de rodillas delante de Leodegario.

— Qué haceis? dijo este con sorpresa.

— Doncel, perdóname, perdona á un culpable, porque yo soy quien te ha privado de tus hermanos; quien engañado por el traidor Archibaldo ha conducido estos infelices á la tierra del desierto!...

— Vos! murmuró Leodegario.

— Lo conozco, tu corazon se indigna al verme: piensas que soy cómplice del hombre que vendió á tus hermanos; te ruego que salgas de tu error, pues comprendido yo en la venta sufrí la suerte comun.

— Quién sois? preguntó Leodegario.

— Wilfrido, religioso de la órden del Cister.

— Es verdad, ahora os conozco.

— Generoso doncel, ten piedad de mí, y no me imputes la desgracia de tus hermanos.»

Leodegario tendió la mano al anciano, y confundió sus lágrimas con las de Wilfrido, quien pasado el primer momento de emocion dijo que Enguerrando é Isolino habían soportado espantosas persecuciones por no renunciar á la religion de sus abuelos.

— «Mas, preguntó Ludgero, como os hallais vos en libertad?»

— Yo pertenecia á un mercader virtuoso que murió á principios de este año declarándome libre en su testamento y legándome mucho dinero, de que no he querido privar á sus herederos. La libertad no es un gra beneficio? Por otra parte, nada necesito, porque la pobreza y la oscuridad deben ser mi porvenir. Desde entonces me ocupo en ser útil á los desgraciados cautivos, ayudándoles en sus tareas, partiendo con ellos las limosnas que recojo, y hablándoles de Dios que los recompensará algun día.... Pero no perdamos tiempo; vamos á rescatar á Enguerrando é Isolino.»

Leodegario y Ludgero, guiados por el venerable Wilfrido, se



encaminaron á la morada de Schirzard, quien los escuchó largo rato, divirtiéndose en oír la relacion de sus aventuras, y haciéndoles preguntas sobre los usos y costumbres de Occidente. Cuando se trató del rescate de Enguerrando, se mostró tratable, gracias á algunos de los productos mas ricos de la industria veneciana que le regaló Ludgero, y antes de despedir á sus huéspedes dió á media voz una orden á su intendente Ali-Eddah.

No tardó este en volver anunciando que el jóven europeo no queria aceptar la libertad, á menos que este beneficio no se extendiese al esclavo con quien daba vueltas á la rueda de molino.

— «Vaya un capricho! dijo Schirzard; pero si queréis rescatar al viejo, no tengo dificultad en acceder á los deseos de vuestro pariente.»

Ludgero y Leodegario vacilaron al pronto; mas como tenían dinero bastante para librar á su amado Isolino, por consejo de Wilfrido dieron cierta suma para el rescate del viejo, y se encaminaron á una galería donde se hallaban Enguerrando y el ciego, cubiertos de harapos. Leodegario echó á correr apenas los vió, gritando:

— «Hermano, no me conoces?»

Los dos cautivos lanzaron un grito, pronunciando el uno el nombre de Leodegario, y diciendo el ciego: «hijo mio!» Sería imposible describir la escena que siguió á estas palabras: los tres se abrazaban inundados de lágrimas; Ludgero y Wilfrido lloraban tambien, y hasta los árabes estaban commovidos con aquel espectáculo.

Luego se puso en marcha la pequeña caravana, dirijiéndose á casa de Ben Sangiar. Este se hallaba en un viaje, pero Massoud recibió á los cristianos, diciendo á Enguerrando con risa sardónica:

— «Sin duda vienes á reclamar tu hermano.

— Venimos á ofrecer á Ben Sangiar una fuerte suma por el rescate del cautivo.

— Su suerte depende de mí: pagad el rescate, y se os conducirá á donde se halla el esclavo.

— No puede venir aquí? preguntó el señor Angilberto con voz turbada.

— No.... está un poco enfermo.»

Ludgero y Leodegario pusieron á disposicion de Massoud las monedas de oro, las telas preciosas y las joyas, y se dirijieron á la sala donde se hallaba Isolino tendido sobre unos juncos. Enguerrando se acercó á él llamándole en voz baja; pero el infeliz habia perdido la memoria, y dijo con tristeza:

— «Eres tú? por qué no has venido cuando te he llamado?... Me han pegado mucho.... pero ahora me defenderás tú.

— Isolino! soy libre, y vas á serlo tú tambien.



—Y qué importa eso?

—Tornaremos á Europa, y veremos á nuestra virtuosa madre.

—No puedo ir contigo; no ves como estoy?

—Eres jóven, y la felicidad restablecerá tus fuerzas.

—Por ser fiel á la fé de nuestros abuelos he sufrido tanto, y porque he sufrido tanto conozco que me voy á morir....

—No, no morirás, hijo mio, exclamó el señor Angilberto.... Dónde estás?... soy ciego.... nada veo.... dónde estás?

—Aquí, padre, aquí! dijo el enfermo incorporándose de repente. El conde se inclinó hácia el lecho de Isolino, á quien cubrió de besos, y el doncel le echó al cuello sus brazos enflaquecidos, diciendo:

—Venís á buscarme de parte de Dios para llevarme á un mundo mejor?... Oh! hablad.... decidme que sois mi noble padre, y que no estoy rodeado de visiones ilusorias....

—Soy tu padre, Isolino; tus hermanos se hallan junto á tí, tu noble madre aguarda á sus hijos, y tu hermanita desea abrazarte. Animo, Isolino, que vamos á rogar por tu salud.»

Dando un ejemplo que imitaron cuantos se hallaban presentes, Angilberto se puso de rodillas, juntó las manos, y dirigió al cielo una ferviente oracion que Dios oyó sin duda, porque Isolino se levantó diciendo con inefable sonrisa:

—«Padre, ya estoy mejor; que me saquen de esta casa, y el aire puro, vuestros cuidados y vuestro amor me volverán la salud.»

Algunos dias despues ya Isolino podia seguir á su padre y á sus hermanos, y en el momento en que estaban para embarcarse, D. Wilfrido, que habia ido acompañándoles, se despidió de ellos afectuosamente.

—Qué! no venís con nosotros? preguntó Enguerrando.

—No, hijo mio, respondió el religioso: hay muchos cautivos que gimen en las prisiones, y que necesitan que les cuide y les anime. Aquí debe terminar mi trabajosa vida, pero aunque lejos rogaré por vosotros.»

Y alzó los brazos al cielo mientras el buque, empujado por una fuerte brisa, bogaba hácia el ancho mar.

## VIII.

El mismo dia en que el conde de Muriel y sus hijos pusieron el pié en tierra despues de una feliz travesía, supieron que el rey Felipe II se hallaba amenazado por una liga poderosa, cuyos principales jefes eran el emperador de Alemania y los condes de Flandes y de Bolonia, que habian reunido ciento cuarenta



mil hombres. Esta noticia reanimó el ardor del Angilberto y de Enguerrando, el uno para deplorar la ceguera que le impedía ofrecer sus servicios al rey de Francia, y el otro para formar el designio de pelear con gloria en aquella guerra, como lo verificó uniéndose á las tropas de Felipe.



Dada la batalla el 27 de julio de 1214, después de una sangrienta lucha el rey quedó desmontado, y los alemanes se arrojaron sobre él con intención de darle muerte; pero Enguerrando le defendió valerosamente, y le presentó su caballo diciéndole:

—«Señor, Dios os proteja, porque acabais de vencer al enemigo.»



vida.... Tú, aquí sobre esta piedra.... sereno, tranquilo, y mirándome con indiferencia.

— Bueno! bueno! dijo con sencillo entusiasmo el mancebo.

— Además, los cien escudos de oro serán para tí.... si quedo contento de tu trabajo.

— Acepto, acepto.... Los cien escudos me servirán para trabajar, estudiar y aguardar á que corra el tiempo.»

La noche estaba ya muy entrada, y á pesar de la oscuridad los bandidos y el artista dejaron la plataforma, y saltando como cabras por entre las cortaduras de las montañas, llegaron á la cima, y entraron en una especie de caverna formada de rocas parduscas, bastante alta y profunda para servirles de guarida.

Quince dias despues de la escena que acabamos de describir, el artista habia concluido el cuadro que fué colgado en una de las paredes de la cueva, y ante él permanecieron los bandidos mas de un cuarto de hora, expresando su admiracion de un modo á la vez sencillo y estrepitoso.

El jóven artista, con los cien escudos de oro en una bolsa colgada á la cintura, se despidió de sus extraordinarios camaradas, y dejando las rocas escarpadas del Abruzzo, se dirigió hacia los sitios mas graciosos, pero tal vez no tan bellos de las campiñas romanas.

Libre, dichoso, lleno de esperanzas y rico volvió á ver la ciudad santa, y atravesó la Puerta del Pueblo, que antes habia dejado pensativo, triste, desanimado y pobre.

El cuadro del mancebo, conservado y honrado religiosamente, pasó de padres á hijos, y cubierto siempre con un denso velo, solamente lo descubrian los bandidos en los dias de fiesta ó de solemnidad para la familia.

Al cabo de muchos años, el último de los descendientes de los Lazarini fué cogido con las armas en la mano, y fusilado al instante sin forma de proceso por los soldados del Papa; descubierta la caverna descolgaron la pintura para adornar con ella la sala principal de audiencia en el palacio de San Angelo.

Profanación y sacrilegio! olvido imperdonable! Los romanos no han sabido guardar un cuadro tan precioso y tan célebre. Cubierto de oro y comprado por un lord opulento de la Gran Bretaña habrá unos cien años, hoy se halla colocado en el Museo de Londres, y en el libro en que se explica la significacion de cada cuadro, hablando de este se dice: *La bolsa ó la vida! escena de unos bandidos italianos, pintada por el ilustrisimo Salvator Rosa á la edad de diez y seis años.*

Os acordareis de que os hemos contado las interesantes aventuras de la niñez de este gran pintor, y el modo con que se manifestó su vocacion artística, en el tomo I. página 385 de nuestro periódico.



## UN HUESO.

NADA hay en este mundo, niños míos, que sea inútil, y para convencerlos de la verdad de este aserto, fijad la vista en ese mismo hueso que desechais, arrojándolo á los perros, ó tirándolo á la calle, despues que lo despojais de la carne que contiene.

Hay colectores ambulantes que se ocupan en recoger los huesos, vendiéndolos á mercaderes, que los enagenan en grandes partidas á personas que los cuecen ó machacan, á fin de prepararlos para varios usos de utilidad general.

Con los huesos se hace una sustancia gelatinosa muy nutritiva, y una sopa llamada económica que se suministra en Francia en hospitales y cuarteles, y que ha servido de mucho en España en épocas de carestía, y especialmente en Sevilla cuando los franceses invadieron nuestra patria de orden de Napoleon.

Los huesos forman un abono escelente para las tierras, importándose á Londres todos los años grandes cargamentos de Alemania, Bélgica y Holanda.

Como el hueso es mas duro que la madera y menos quebradizo que la piedra, en las naciones bárbaras se hacen con ellos armas ofensivas, como flechas, saetas y chuzos.

Con los colmillos del elefante, el hipopótamo y otros animales, se hacen objetos de adorno y utilidad, empleándolo algunas veces esculpido en mil formas elegantes, y otras torneado. Cuando el marfil es ordinario se fabrican con él cepillos para los dientes y manos, mangos de cuchillos, peines, botones, cuchillos para cortar papel y otros varios articulos de uso comun.

Los confiteros usan las virutas y aserraduras de los huesos para hacer gelatina, y tambien se emplean las virutas en el procedimiento de templar el acero.

Descompuestas las partes componentes del hueso por medio de operaciones químicas, se obtienen diferentes productos, entre ellos el negro de marfil, que se emplea como sustancia colorante en las artes, y un ingrediente muy útil para la clarificación del azúcar.

Por último, hasta las cenizas de los huesos sirven para útiles ingredientes. Reducidas á polvo fino se emplean como material en la fabricación de copelas para acendrar el oro y la plata. Lavadas y limpias, sirven para pulimentar, y sujetas á cierto procedimiento dan la sustancia llamada fósforo, tan conocido en el día, y que hace pocos años empezó á usarse en España con profusion.



## EL PAPEL.

**V**EIS ¡oh niños! las blancas hojas del *Mentor*, donde fijamos en caracteres duraderos esas bonitas leyendas que tanto os gustan? Pues ved aquí de qué se forman.

Los traperos que veis de noche por las calles entresacan los trapos de los montones de basura. Llevados á la fábrica, se deshacen las costuras, y despues de lavados y colados, se tienen por algun tiempo en el agua, y en seguida se golpean por medio de pesados mazos. Luego que deshechos los trapos forman una pasta, se blanquean con una sustancia llamada cloruro, y se disuelven en cierta cantidad de agua. Hecho esto, se toma un molde de un marco lleno de hilos de laton cruzados, y sostenido por debajo con regletas. Este molde se sumerge en el liquido, y se saca con una porcion de pasta: como el agua se escapa por el enrejado, la hoja del papel queda hecha, y esta hoja se coloca sobre un fieltro de lana: sobre ella se pone otro fieltro, encima de este una nueva hoja, y así sucesivamente.

Esta pila de fieltros y hojas se esprimen con una prensa, y quitados los fieltros y colocadas las hojas unas sobre otras vuelven á entrar en prensa; quedando hecho el papel luego que las hojas estan completamente secas. El que sirve para escribir se encola, metiéndolo en un baño tibio, en el cual se echa cierta cantidad de piedra alumbre, y una sustancia llamada cola de retal. Colocado luego el papel sobre fieltros, se prensan y dejan secar, ocupándose algunos trabajadores en quitarle las hilachas de lana que hayan podido desprenderse de los fieltros.

## HISTORIA NATURAL.

### LAS HORMIGAS.

**H**oy vamos á hablaros, queridos niños, de las hormigas, porque su inclinacion por el orden y el trabajo, su industria, y sobre todo su amor maternal, las hacen muy dignas de ser observadas por el hombre.

Las hormigas viven en sociedad, se ayudan unas á otras en las diferentes obras que tienen que hacer, y el fin principal de esta sociedad es la educacion de las pequeñas. La hormiga nace de un huevo; á la salida del huevo presenta la forma de un gusano ó larva, sin patas, y escamosa la cabeza: luego que ha llegado á su completo desarrollo, se cambia en ninfa, y en seguida en



hormiga. No hay razon para alabar la prevision de la hormiga con respecto á su subsistencia en tiempo de invierno, porque el rigor de esta estacion entorpece de tal modo sus miembros, que no tiene ningun movimiento, y por consecuencia no podria comer: así es que no sale del hormiguero, donde se mantiene en completo reposo.

En el mes de abril es cuando empiezan á aparecer las grandes hormigas de los bosques, animadas por el sol á dejar sus cuarteles de invierno. En los primeros dias de su aparicion se reunen en gran número sobre el hormiguero, estan en continuo movimiento sin alejarse del nido, sobre el cual marchan, y aun las unas sobre las otras, como si despues de un entorpecimiento de seis meses, tuviesen necesidad de acostumbrarse poco á poco á la impresion del aire, familiarizarse con el calor del sol, y de poner en actividad sus miembros. Las hormigas tienen en la parte superior de la cabeza dos grandes dientes, cuya extremidad está por lo regular guarnecida de dentaduras que constan de siete; apenas se les toca abren los dientes como para defenderse, porque su natural es malo, y si se las pone en la mano procuran morder; pero su mordedura no es de temer, porque ni aun traspasaría la piel.

Por lo regular se sirven de sus dientes no solamente para mascar los alimentos, sino para coger todas las cosas que les son necesarias, como por ejemplo los materiales de que se sirven para edificar sus nidos. Tambien con los dientes trasportan sus tiernas larvas y sus ninfas de un sitio á otro. Marchan pronto y con agilidad, sobre todo en los grandes calores; pero cuando el cielo está nublado y el tiempo lluvioso, no son tan ligeras, porque su agilidad depende del mayor ó menor calor que reine.

Pequeños fragmentos de madera, hojas y raices de plantas, granos de diversos frutos, piedrecillas, todo lo que pueden trasportar les sirve, y aun se han visto hormigueros contruidos enteramente con granos de cebada, á los cuales no tocaban las hormigas; pero lo que todavia es mas admirable, es que se les ha visto beber agua; poniendo una gota de agua á su alcance se la tragaban con avidez, siendo raro que haya insectos que beban agua pura. Si se les empuja, ó si se les inquieta cuando caminan por las ramas de los árboles, se dejan caer por lo regular, ya por susto, ya por miedo de ser maltratadas. No podeis, oh niños, figuraros cuan infatigables son para el trabajo, y como conducen de todas partes los materiales que necesitan, y como algunas veces dos ó tres hormigas se ayudan á trasportar lo que han hallado, cuando la carga es sobrado pesada para una sola.

Las hormigas practican dentro del hormiguero muchos caminos en forma de galerías abovedadas que penetran casi hasta el



—«Mi bolsa? pídesela al ventero de la puerta del pueblo, á quien la dí ayer con los tres escudos que contenia por un plato soberbio de macarrones de Génova.... En cuanto á mi vida, no puedo negar que la traigo conmigo; pero te la cedo con gusto: tómalala pues, amigo, y sabe que me importa un bledo.»

Admirado el ladron, separó la espingarda, y se puso á contemplar al pintor: luego disparó al aire un tiro, se oyó rumor á poca distancia, y varios bandidos, entre los cuales se hallaba una jóven de extraordinaria hermosura, acudieron á donde estaba su camarada, preguntándole si habia corrido algun riesgo, y quién era aquel mancebo que habia subido á la montaña mas elevada del Abruzzo.

—«Ningun peligro he corrido, contestó el interlocutor del artista, y no sé quien es este muchacho; pero apostaría á que es un estudiante de la escuela de pintura que ha venido aquí como un loco para dibujar algunos sitios salvajes.... Mirad el lápiz y la cartera.»

Y diciendo estas palabras, el bandido dió con el pié á los objetos designados arriba. Nuestro héroe se levantó con presteza para defender su propiedad; pero el mas viejo de la partida, que se hallaba detrás de él, lo cogió por el pescuezo diciendo:

—«Por San Lázaro, mi patrono, no averiguemos el nombre de este emborrionador.... Sea quien sea, y sin meternos á indagar qué objeto le ha traído á dos pasos de nuestra guarida, que no haya cuartel para él!

—Sí, que muera! gritaron los demás bandidos.

—Tal vez será, añadió el viejo, algun confidente del gobernador de Roma que nos envian para que traze nuestros retratos, y nos dé á conocer á los soldados del Papa.

—Vaya un modo de acertar! dijo el jóven sonriendo; he venido solo, y sin armas, sin mas objeto que pintar cuanto se me antoje.... A fé mia, que los años no te han servido de mucho en esto de conocer las intenciones.

—Insolente! exclamó el viejo.

—Deteneos, abuelo! gritó la jóven; no le mateis, yo os lo ruego.

—Tiene razon, dijo el primero que fué á incomodar á nuestro pintor.... Hace algun tiempo que hemos perdido á nuestro pobre Micheli, y sabemos que debe ser ahorcado dentro de tres dias.... Este prisionero podrá sernos tan útil como Micheli.... Vamos á ver, muchacho, quieres ser de los nuestros, y manejar prontamente la espingarda contra los súbditos de su Santidad, y—los ricos viajeros de Francia é Inglaterra?... Responde con mil pares de demonios!

—Gracias por la oferta, amigo.... pero siento no poder aceptarla.... Maldita la cosa me gusta tu oficio.



—Ea, ea, que muera este pícaro, gritó de nuevo el ladrón.... Aléjate, Marieta, porque voy á plantarle una bala en la cabeza!

—Abuelo, padre, y vosotros hermanos míos, no mateis á este jóven!... dejadle vivir si es que me amais!...

—Qué bonita es la muchacha! exclamó el pintor sin cuidarse de que trataban de quitarle la vida.... Marieta, supuesto que así te llamas, no te muevas, y permanece en esa actitud.... Un instante, un solo instante, y he despachado....»

Y cogiendo su lápiz y su cartera, comenzó á bosquejar el retrato de la linda bandolera.

Los ladrones se acercaron, y siguieron con la vista el trabajo del pintor, prorumpiendo en exclamaciones de alegría y sorpresa á medida que las facciones de Marieta aperecían en el papel.

Poco mas de una hora habría corrido cuando el mancebo presentaba el retrato de la jóven á los bandidos, admirados hasta el último punto, y les decía:

—Se parece á la linda Marieta?

—Bien! bien! gritaron los ladrones.

—Es ella, es mi nieta, decía llorando de placer el que poco antes rugía de furor.

—Sí, mi hija! mi amada hija! decía el que habia pedido al artista la bolsa ó la vida.... y estrechaba á Marieta en sus brazos.

—No es verdad, amigos? exclamó el mancebo; no es verdad que he nacido para ser artista, para seguir las huellas de Rafael y de Miguel Angel?... Y mis padres que no quieren sea yo pintor, y estan resueltos á enviarme al convento de San Gerónimo!... Encerrarme á mi en un claustro!... ponerme la capucha!...

»No! yo quiero pinceles y celebridad! Hace ocho dias que tuve una escena terrible con mi padre.... Hablaba de enviarme á monseñor el cardenal Lorenzino, y me amenazaba con quemar todos mis bocetos.... Entonces me escapé, y andube vagando por la ciudad, hasta que salí de ella, y he venido aquí á la aventura, admirando la hermosa naturaleza, arrodillándome ante esos sitios salvajes y maravillosos, trazando sobre el papel bocetos que creo de algun valor!... bocetos que me servirán algun dia para mis cuadros.

—Escucha, exclamó de repente el padre de Marieta, voy á hacerte una proposicion, y estoy seguro de que no la rehusarás como la otra.

—¿Qué quieres de mí?

—Hé aquí una bolsa con cien escudos de oro.... Mañana iré á Roma, y compraré todo lo que te falta; pinceles, colores y un lienzo.... pero has de hacer un cuadro, un cuadro que represente nuestro encuentro. A mí me pintarás.... allí, con la espingarda al hombro, apuntándote y pidiéndote la bolsa ó la



fondo del alojamiento, y que tienen su salida á la superficie exterior. Por esos caminos bajan y suben sin descanso. Casi siempre establecen el hormiguero en un sitio cercado de arbustos y de malezas: si hay algun arroyo ó alguna laguna en el bosque, escojen este sitio para el nido á fin de estar cerca del agua, de que parece tienen necesidad; pero en las regiones donde no hay pinos ni abetos rara vez se encuentran hormigueros. En medio, y bastante dentro del hormiguero, está el alojamiento de las larvas de las hormigas, y solo quitándolas de allí y poniéndolas en la superficie del nido es como se puede admirar el afan que tienen las hormigas obreras por cogerlas con los dientes y transportarlas con cuidado al sitio donde se hallaban antes.

Solo las hormigas de las grandes especies elevan sobre el terreno un montecillo redondo, cuya base tiene algunas veces dos á tres pies de diámetro. Al mismo tiempo que esta cubierta ó cúpula facilita el curso de las aguas, mantiene cierto calor en las galerías de abajo, y proporciona á las hormigas un terrado cómodo y agradable donde les gusta reunirse, y allí es tambien donde exponen su cria á la dulce influencia del sol y del aire libre. Pequeñas aberturas situadas acá y allá son otras tantas puertas que, comunicándose con las galerías subterráneas, permiten á las hormigas entrar y salir con facilidad. Si se derriba el montecillo, y se esparcen los restos, las laboriosas obreras se apresuran á reunirlos de nuevo, formando otro igual al primero.

Llama sobre todo la atencion, cuando la casualidad proporciona coyuntura para observarlas, los cuidados que las hormigas obreras dispensan á las crias, y la tarea que se imponen de transportarlas de un sitio á otro, alimentarlas y evitarles todo lo que pudiera causarles algun daño. La prontitud con que las sustraen al peligro es admirable; desplagan un valor inaudito para defenderlas, porque se ha visto á una hormiga partida por medio del cuerpo, trasportar unos despues de otros á ocho ó diez de sus hijos, y tambien tienen cuidado de mantener á su alrededor el grado de calor que les conviene. Si algun accidente, si el hombre con premeditado designio, ó un animal al pasar derriba el cono elevado sobre la habitacion, ó levanta la piedra debajo de la cual han colocado las ninfas, se manifiesta el esceso de amor y celo que las hormigas obreras tienen para con ellas. No es ya la numerosa sociedad que sabe conservar el orden en medio de la agitacion: el desórden y el espanto reinan do quiera; se las vé ir, correr, venir de todas partes, coger las ninfas, y conducir las al fondo de la habitacion. Luego que estas se hallan en seguridad, la desesperacion y el deseo de una venganza pronta suceden á la anterior alarma; se animan, marchan en gran número contra el enemigo comun, y con



sus multiplicadas embestidas le obligan á retirarse. Ya libres de su presencia, se ocupan en reparar las averías que causára, reunen los materiales diseminados, ó escojen otra morada.

Los alimentos de las hormigas se componen de muchas y diferentes cosas; comen frutas y tambien granos; son carnívoras, y se alimentan con los insectos muertos que encuentran, ó si algunos insectos vivos pasan junto al hormiguero, los sienten, porque tienen el olfato muy fino, salen en gran número, los embisten y los disecan, no dejándoles piel ni carne; á pesar de esto lo que mas aprecian y lo que prefieren, es el azúcar, la miel y toda clase de frutas confitadas. Se las vé agolparse sobre las hojas y las frondosas ramas de los pulgones, y es verosímil que solo las buscan por un licor meloso y dulce que destilan: no les causan ni bien ni mal, pero las buscan por lo dicho. Gracias tambien á la bondad de su olfato, sucede muchas veces que dejan los caminos abiertos, porque regularmente las hormigas siguen con constancia los senderos que conducen á sus habitaciones, para abrirse otros nuevos hácia el sitio á donde quieren atraer á sus compañeros.

Hay una especie de hormiga en América que se conoce con el nombre de *hormiga de visita*; y que camina con muchas de sus compañeras como un gran ejército. Cuando los habitantes de aquella region las ven lo abren todo, cofres, armarios, bufetes; las hormigas entran en ellos, y matan las ratas, los ratones y los demás animales dañinos que se encuentran en aquel país; absolutamente como si tuviesen una mision particular de la naturaleza para librar á los hombres de tales vichos. Desgraciadamente no acuden con frecuencia, pasándose muchas veces tres años sin que aparezcan en las habitaciones.

Hay otra hormiga en las Indias Orientales que nunca marcha á descubierto, y se dice que un dia varias de esta especie habiendo penetrado en un almacen de géneros, debajo del cual habia un gran monton de especias y sobre todo de clavos que llegaba hasta el techo, hicieron un camino abovedado y cubierto que las condujo al segundo piso, donde atravesaron el techo y destruyeron en pocas horas gran número de ricas telas de Indias, por el medio de las cuales se abrieron camino. Acaso creereis que deberán emplear un tiempo escesoivo en caminos de construccion tan penosa: pues bien! desegañaos; el órden con que trabaja una gran multitud hace que la obra adelante prodigiosamente.

Os hemos dicho, queridos niños, cuanto hay de interesante sobre la historia natural de uno de los insectos mas laboriosos que tenemos, para que cuando encontreis alguna hormiga, en vez de hacerla mal, procureis imitar su industria y su laboriosidad.